

que cada uno de sus personajes va distendiendo su autoproposición, procurará aprehender la figura que todas ellas forman y estudiará con cauteloso desvelo el posible parecido que las acciones singulares y sus totales figuras tengan entre sí. El *estilo* común que apuntaba en el parecido de las autoproposiciones queda ahora perfectamente configurado y definido; siempre, claro es, que el grupo descrito constituya una verdadera generación histórica... «Si a la descripción de esa sucesiva semejanza se añade la de su huella histórica, desde que comenzó a influir sobre el mundo en torno hasta el momento en que el historiador escribe, estará completo el cuadro historiográfico de una generación».⁶¹ Ahora, una vez leído este párrafo, con *La generación del 98* en la mano, nos resultará difícil establecer cual fue redactado con anterioridad. Si tenemos en cuenta que ambos libros se publicaron el mismo año —1945—, no creemos incurrir en osadía intelectual si conjeturamos que ambos fueron escritos simultánea y alternativamente; es decir, que —como ocurre en una verdadera investigación científica— la práctica iba corroborando la teoría, mientras la teoría iba a su vez iluminando el quehacer práctico del historiador.

En la «Epístola a Dionisio Ridruejo» con que se abre su estudio sobre el 98, Laín nos deja constancia de su preocupación básica al iniciar su quehacer intelectual tras la guerra civil: «Me propuse —dice de sí mismo— la tarea de exponer ordenadamente mi personal actitud ante los problemas culturales de España y, muy en primer término, ante el problema histórico de España misma».⁶² En esa tarea, Laín se va a entregar a una comprensión del siglo XIX, y de forma muy especial a la llamada polémica de la «ciencia española». Tras una bella descripción de lo que es la «ciudad española» de aquel siglo, su conclusión es tajante: «el hecho definitivo es que no tuvimos una cultura tradicional y una cultura moderna auténticas, y mucho menos una cultura original».⁶³ La causa de esta deficiente realidad hay que buscarla en la incapacidad que tuvieron de entendimiento las dos minorías dirigentes del país: por un lado, los que admitían una idea nacional acorde con su siglo, pero no sabían o no querían hacerla española; por otro, los que invocaban a España y a la tradición española, pero no acertaban a hacerla actual e históricamente «nacional». He aquí ya planteado el nervio de la problemática española del XIX: la polémica sobre la «ciencia española».

Al hacer el análisis de la misma, distingue Laín tres posturas claramente diferenciadas:

- 1) El «progresismo liberal», compuesto fundamentalmente por los krausistas (Azárate, Salmerón, Revilla, Perojo).
- 2) La «reacción contrarrevolucionaria» compuesta por la conjunción del escolasticismo tomista y del tradicionalismo filosófico (Alejandro Pidal y Mon y el P. Fonseca, sus máximos exponentes).
- 3) La postura protagonizada eminentemente por Menéndez Pelayo, aunque tuviera como precursor e incitador a Gumersindo Laverde.

El pormenorizado examen de las tres posturas da como resultado la curiosa coincidencia de las extremas en cuatro puntos fundamentales.

⁶¹ Ibid., pp. 326 y 327.

⁶² España como problema, *ed. cit.*, p. 343.

⁶³ Ibid., p. 12.

— Una común mediocridad intelectual de los «progresistas» y los «reaccionarios». «Si nos atenemos a la calidad —dice Laín—, allá se iba en valor con la de los avanzados la escasa obra intelectual de los reaccionarios, que ni a verdaderos tomistas llegaban.» En realidad, más se sustentaba la obra de cada uno de ellos en la debilidad del adversario que en el valor de la propia obra; de ahí que concluya Laín afirmando que «no hay gran diferencia en la huella por unos y otros impresa en la historia del pensamiento humano».⁶⁴

— Un idéntico desconocimiento de la historia española, coincidiendo tanto innovadores como reaccionarios en la medievalización de nuestra cultura clásica, con evidente ignorancia de la misma. Los avanzados piensan que no es posible una alianza entre el pensamiento moderno y la fe católica, y puesto que han tomado partido por aquél, arrojan a ésta por la borda. Los reaccionarios, por contra, piensan que el ser católico implica la aceptación del tomismo medieval, con lo que se ven obligados a renegar de todo el pensamiento moderno.

— Una compartida moral de impotencia, que se traduce en incapacidad creadora, unida al impulso de copiar o imitar lo extranjero. Menéndez Pelayo lo vio también así cuando afirmó que ambos fanatismos —la exageración innovadora y la exageración reaccionaria— «se inspiran en libros extranjeros».⁶⁵

— Una común falta de conciencia histórica; en los progresistas porque parten de cero, haciendo tabla rasa de lo anterior, y en los reaccionarios porque su pretensión de instalarse en la Edad Media les lleva a ignorar todo lo que vino después, considerándolo un continuo error. En realidad, todas las notas señaladas hasta ahora —mediocridad intelectual, desconocimiento de la historia española, moral de importancia— vienen a resumirse y condensarse en esta falta de sentido histórico, pues es ella la que explica todas las demás. Y aquí es precisamente donde incide la posición de Menéndez Pelayo, frente a ambos opositores con una postural original e independiente, que propugna el conocimiento de realidad española, rehuye los tópicos, estimula la capacidad creadora y trata de inspirarse en una moral de confianza en las posibilidades de la cultura nacional. El motor que mueve esta tercera vía es la adquisición de un sentido histórico por primera vez aplicado a la historia de nuestra cultura, que faltaba, como hemos visto, en las dos posturas antes señaladas.

En esta nueva actitud reside la genialidad de Menéndez Pelayo, y así verlo Laín cuando invoca —al final de su estudio sobre «El problema de España en el siglo XIX»— la figura de Menéndez Pelayo y la necesidad de dedicarle un estudio aparte. Así lo reconoce: «Lo verdaderamente importante de Menéndez Pelayo no debe buscarse en el detalle de su investigación, con ser ésta tan frondosa, sino en su inédita actitud ante la historia, España y la cultura moderna. Pero esto no puede tratarse de pasada. A tan central tema irá íntegramente dedicado el cuaderno próximo».⁶⁶ La preocupación por la historia —tema lainiano de las generaciones— y por el problema de la «ciencia española» —objeto de la famosa polémica— eran preocupaciones básicas de Menéndez Pe-

⁶⁴ Ibid., p. 35.

⁶⁵ Ibid., p. 33.

⁶⁶ Ibid., p. 38.

layo que encontraron en Laín un profundo eco. No olvidemos que para éste el problema de España era, en parte muy considerable, la falta de una cultura moderna, donde el cultivo de la ciencia tuviese la importancia y el lugar adecuado; por eso está seguro de que «una España *realmente* seguidora de Cajal y Menéndez Pelayo hubiese resuelto el problema de su vida intelectual». ⁶⁷ No puede extrañarnos que unos años después Laín dedique un estudio al sabio aragonés con el título de *Estudios y apuntes sobre Ramón y Cajal* (1951). Antes, sin embargo, estaba la obligación de hacerse con claridad sobre la obra de Menéndez Pelayo, en quien de modo sumo había operado la convergencia entre ambas preocupaciones: *historia y ciencia*.

6. La figura «ejemplar» de Menéndez Pelayo

Marcelino Menéndez Pelayo es, efectivamente, como intelectual un paradigma para el Laín joven que se enfrenta con el «problema de España», pues el ilustre santanderino había sabido resolver en unidad la cuádruple exigencia que Laín veía como propia de su generación: españolidad como continuidad con la tradición; catolicidad en cuanto universalismo y religiosidad vividas; actualidad en el planteamiento de los problemas y en la solución a los mismos; eficacia en la consecución de logros positivos. ⁶⁸ Así planteaba la pregunta y la respuesta: «¿Era posible una cultura a la vez católica, nacional y creadora? Este era el problema de España y con él se enfrentó... don Marcelino». ⁶⁹

Una vez planteada así la cuestión, era necesario enfrentarse intelectualmente con la figura y la obra de tan ilustre precursor. Ahí está el origen de su libro *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales* (1944), donde encuentran su raíz los posteriores planteamientos historiográficos de Laín Entralgo, que sabrá ensamblarlos magistralmente con las actitudes que sobre el mismo tema tuvieron Ortega y Zubiri. Hay que destacar, en primer lugar, lo que el libro tiene de antecedente metodológico de su investigación sobre *Las generaciones en la historia*. Al considerar la generación como una «cobiografía» resulta obvio que Laín debía aclarar previamente los problemas intelectuales que presenta la realización de una biografía, cuando ésta quiere hacerse con fidelidad y metodología científica. Desde este punto de vista, nada de mayor interés que atender a las consideraciones metódicas que al comienzo de su estudio hace Laín sobre lo que es una biografía, donde sobrepasa los planteamientos del positivismo naturalista para darnos una visión hermenéutica a la altura de la historiografía actual de lo que es una auténtica biografía. Al mero *aprender* el texto en su «significación objetiva» añade el *comprender* interpretativamente el mismo en su «significación histórica», hasta llegar a su intencionalidad subjetiva en lo que tiene de «significación personal». Es precisamente cuando llegamos a este tercer elemento cuando arribamos a lo más sustancial de toda biografía, dado que «la fracción personal del significado se distingue por tener inmediatamente detrás de sí un *quién*», ⁷⁰ lo cual exige a su vez *adivinar* o

⁶⁷ Ibid., p. 41.

⁶⁸ Sobre la cultura española, *Editorial Nacional*, Madrid 1943: pp. 105-109.

⁶⁹ España como problema, p. 12 (nota).

⁷⁰ Menéndez Pelayo, *Madrid* 1952: p. 17.